

**DISCURSO PRONUNCIADO POR
LA LICDA. ROSE MARIE RUIZ
BRAVO, RECTORA DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL EN
LA ENTREGA DEL DOCTORADO
HONORIS CAUSA AL DOCTOR
OSCAR ARIAS SANCHEZ**

HEREDIA, 6 DE MARZO DE 1990

La Universidad es la fragua del pensamiento y el crisol de las ideas del mañana. La Universidad es sinónimo de pluralismo, diversidad y ecumenismo; pero a partir de las reformas de Córdoba, la Universidad, especialmente la latinoamericana, ha revitalizado su quehacer, potenciándolo en elemento transformador de la realidad en que se desenvuelve y en espacio académico catalizador de las ideas científicas y transformadoras del entorno social en que está inmersa.

Hoy, el desarrollo científico y la revolución tecnológica, generada en el claustro universitario, han transformado nuestra vida, la que a su vez transforma la vida universitaria, en un círculo simbiótico de incalculables beneficios para la comunidad.

Ese carácter transformador de la Universidad ha permitido que las sociedades contemporáneas adquieran mayor conciencia sobre valores inmutables del ser humano como la vida, la libertad, la participación, la solidaridad y la paz.

La fuerza de estos valores está cambiando la faz política y social del mundo, sustentados por los pueblos que los encarnan y los estadistas que los dirigen. Hemos presenciado con alegría el derribamiento de muros que dividían pueblos enteros; la apertura política e ideológica; la negociación sensata y civilizada, el progreso de las sociedades y el triunfo de la democracia.

Somos sin duda una generación privilegiada, testigos de un amanecer plétórico de esperanza, aun cuando esto suceda, iróni-

camente, en el ocaso del siglo y del milenio.

En toda la historia de la humanidad resulta difícil encontrar otro momento tan cercano a la paz, a la reconciliación, a la esperanza como este del que somos protagonistas hoy.

Por doquier se han ido acallando los rugidos de los cañones para dar lugar, primero, a las voces airadas de la discusión, del diálogo franco; después, a las palabras del entendimiento y finalmente al dulce murmullo de la reconciliación.

La voluntad de los pueblos, relegada y manipulada por decenios y hasta por siglos, ha comenzado a imponerse, con sus afanes de libertad, de respeto, de justicia, de democracia y de paz; esa voluntad mayoritaria ha comenzado a sacudirse el yugo de la ignominia y la violencia que grupos minoritarios, mercaderes de la guerra, de la injusticia y del oprobio, le han hecho cargar, a veces, ¡vaya ironía!, hasta en su propio nombre.

Esa voluntad, esa voz de los pueblos es la voz de la razón, del disenter respetuoso, de la solidaridad, de la comprensión y la amistad; no la que hacen aparecer interesada y malintencionadamente quienes se yerguen sin consulta en sus representantes y en su nombre predicán la violencia, la guerra, la desesperanza, como elementos centrales de su discurso y de su hacer cotidiano.

Lo ha dicho sentenciosamente el doctor Oscar Arias Sánchez: "La mayoría, en todos nuestros pueblos, no quiere la gue-

rra. Quienes alientan la violencia, quienes llenan las páginas de los periódicos con palabras de odio, no son nunca los que mueren en la lucha. Quienes intentan desesperadamente destruir los esfuerzos de paz, no son nunca las madres que ven partir a sus hijos a la guerra".

Por eso le llegó la hora a la paz: así lo dijo nuestro Presidente, así lo ha dicho a lo largo y ancho del mundo; lo ha dicho tantas veces, con tal convicción y fe, que hoy estamos a minutos de esa hora. Y lo mejor es que al decir estamos, sentimos la complacencia de que somos muchos, de que somos ya no solo los costarricenses que por gracia de Dios y visión de nuestros abuelos hicimos hace tiempo de la paz algo constitutivo de nuestra identidad; no, hoy, al hablar de paz, hablamos de 22 millones de centroamericanos, la mayoría de los cuales no han tenido en su vida un día de paz y hoy están a las puertas de alcanzarla con sus manos, de reforzarla con su fe, con su esperanza, con su amor, con su trabajo.

Para nosotros, nacidos y crecidos en esta Patria tan especial, resulta difícil valorar en toda su extensión y trascendencia lo que significan los esfuerzos realizados y los logros alcanzados por el Plan de Paz para Centroamérica; esfuerzos y logros que hoy, traducidos en hechos históricos como el reciente proceso electoral en Nicaragua, se pueden resumir en la palabra "ESPERANZA" y en la actitud que ésta promueve en las personas.

Gracias a esa iniciativa de paz plasmada en Esquipulas II, Centroamérica hoy es otra, deviene tierra de reconciliación y

de esperanza, deviene tierra por entre cuyas montañas asoma luminoso, por primera vez, el sol de libertad, de la democracia, de la justicia y de la paz.

Centroamérica es otra si la comparamos con la que hace solo cuatro años era un inmenso campo de batalla en el que imperaba el negocio de la guerra, tanto de las armas como de las ideas, de los editoriales, de los discursos y hasta de las apuestas y de los brindis guerreristas.

Valió la pena tomar la iniciativa.

¿Quién mejor para ello que esta Patria, que lleva orgullosa en su historia el heroísmo centroamericanista de los Mora y los Santamaría?, ¿Quién mejor que este pueblo que vive en su cotidianeidad el fruto de la heroica y visionaria decisión de José Figueres de abolir su propio ejército, interpretando así la voluntad civilista de los costarricenses?

El Plan de Paz propuesto por el Presidente Arias a sus colegas del istmo tuvo la esencial virtud de devolverles a los centroamericanos el protagonismo que nunca debieron dejar en la búsqueda de soluciones a sus propios problemas, y, además, colocó en la justa dimensión, en la indiscutida vanguardia de tal iniciativa a nuestro país como baluarte de la democracia.

Comenzaba de este modo a cumplirse con el llamado que el doctor Oscar Arias Sánchez hiciera a los mandatarios de nuestra América, en el discurso de su toma de posesión. Dijo don Oscar, aquel 8 de mayo de 1986: "Convoco a una alianza pa-



La Universidad Nacional le concedió el Doctorado Honoris Causa a Oscar Arias Sánchez. La rectora Rose Marie Ruiz le entregó el diploma correspondiente a esa distinción.

ra la libertad y la democracia en las Américas y el Caribe. Libertad y democracia para el desarrollo. Libertad y democracia para la justicia. Libertad y democracia para la paz".

Y comenzaba también a cumplirse la decisión expresa del Presidente Arias de que nuestro país cumpliera en esa lucha el papel que por derecho y obligación le correspondía.

Esa voluntad la había sintetizado el doctor Arias en las siguientes palabras: "El istmo centroamericano está lleno de conflictos y tensiones. Costa Rica debe contribuir en la solución de esos problemas.

Costa Rica desea compartir con los pueblos hermanos de América Central, las alegrías y los triunfos que depara la paz fundada en la libertad y la democracia".

Libertad, democracia, paz, desarrollo; palabras y valores tan cercanos a nuestra identidad, que hoy comienzan a escribirse y a tener verdadero contenido en el diccionario centroamericano.

Camino difícil sin duda el que ha debido seguirse para llegar a donde hoy estamos. ¡Cómo ha costado que el diálogo acalle los cañones! ¡Cuánto sacrificio y entereza de parte de los presidentes de nuestra pequeña América ístmica! ¡Cuántas co-

sas puestas en juego para sembrar la esperanza sobre campos de violencia y muerte!

Pero poco a poco el mensaje de optimismo, del imprescindible optimismo que predicó el Presidente Arias, como requisito para el logro de la paz, fue prendiéndose en los corazones centroamericanos, suplantando el discurso del terror, de la desesperanza, del miedo a la libertad, del dogmatismo, que por decenios predicaron quienes usufructuaron nuestra tierra y nuestra sangre en beneficio de sus intereses y sus aventuras.

¡Cuán lejanos parecieron a veces tan altos ideales! ¡Cuánta soledad y hasta impotencia deben de haber experimentado el Presidente Arias y sus quijotes aliados, librando una lucha contra molinos de viento que por decenios y hasta siglos hicieron prevalecer la razón de la fuerza! ¡Cuántos escollos que vencer!: intereses, ignorancia, mala voluntad, injusticias, ignominia, falsedad, dogmatismo, prepotencia, temores, compra y venta de conciencias, sumisión indignidad, traición, incomprensión, resentimientos, aventurerismo, terrorismo, guerrerismo, violencia en todas sus formas; por sobre todo ello debieron pasar los obreros de la paz, construyendo puentes de entendimiento, de comprensión, de solidaridad, de hermandad, puentes que llevan al futuro, a un futuro de libertad, de democracia, de desarrollo, de justicia, de paz para todos nuestros pueblos.

Por eso hoy en que me corresponde el inmenso honor de cumplir con un acuerdo de nuestro Consejo Universitario, entregando el Doctorado Honoris Causa al soñador de todos estos sueños, al forjador de todos estos ideales, a este insigne e incansable luchador por la paz, siento que lo hago en nombre de tres millones de costarricenses orgullosos, en nombre de 22 millones de centroamericanos agradecidos y, de manera especial, en nombre de nuestras jóvenes generaciones, que tienen en la persona de don Oscar y en la tesonera lucha por sus ideales, el mejor ejemplo inspirador para su formación y para el gran reto que les espera: manejar responsablemente la Centroamérica del siglo XXI, que,

a no dudarlo, será tierra de paz, de desarrollo y de justicia.

Gilbert Chesterton, famoso pensador inglés, decía que los estadistas cuanto más imaginativos sean resultan más fecundos en sus realizaciones.

Entregamos este Doctorado Honoris Causa a un estadista que ha sabido nutrirse del pasado de su pueblo, de la herencia sagrada de los patriotas para, con apego absoluto a los mejores valores, encarrilar al país hacia un futuro mejor. Don Oscar en este sentido ha sido fiel a la prédica del papa Juan Pablo II: "Para vivir el presente hay que mirar al pasado mejorándolo hacia el futuro".

De esa filosofía política practicada por el Presidente Arias, son ejemplo sus principios rectores que marcaron el norte, el camino del desarrollo de la sociedad costarricense y del ser humano; entre ellos destaca la lucha por la paz, la libertad y la democracia; el manejo de los recursos naturales y el mejoramiento del ambiente, en apego a un concepto en donde el desarrollo y la conservación, lejos de oponerse, se complementan y refuerzan entre sí; donde destaca una concepción de educación ligada a la excelencia, a la competitividad, a poner a nuestra juventud en condiciones de convertir al país en vanguardia de progreso, de desarrollo en nuestra América Latina y en ejemplo del mundo, pero a la vez, una educación que permita alcanzar todo esto sin abandonar los esquemas culturales que en el pasado dieron tan buenos frutos a nuestro país, a nuestra sociedad. Su lucha por abrir una brecha en el desarrollo científico y tecnológico que nos permita avanzar humana, social y económicamente.

Ideas que han generado cambios irreversibles son obra del estadista visionario que deja huella en su caminar por la historia de la nación. Ideas-fuerza, como la apertura sistemática y oficial a la Ciencia y la Tecnología que ha generado programas concretos de reconversión industrial, gestión tecnológica, modernización educativa, introducción de la informática en la enseñanza y aplicación de modelos tecnológicos al desarrollo agrícola.

Otra idea-fuerza desarrollada bajo la inspiración de don Oscar es la referente a los derechos humanos. En su último discurso ante la Asamblea General de Las Naciones Unidas, el Presidente Arias propuso al mundo desarrollar una lucha sin fronteras por la promoción de los derechos humanos, tanto en sus manifestaciones sociales como en las individuales; derechos referidos ya a pueblos enteros, ya a minorías discriminadas, ya a particulares; y trátense de discriminaciones políticas, raciales, económicas o culturales. En este sentido, la lucha que librara junto con su esposa, doña Margarita Penón, por la "Ley de Igualdad Real de Derechos del Hombre y de la Mujer", es, evidentemente, un ejemplo valioso.

De modo paralelo, el Presidente Arias ha recuperado para el pueblo costarricense la fe en sí mismo, en sus valores, en todo lo que tiene para enseñarle al mundo. Ha convertido nuestra timidez en orgullo; los susurros se han trocado en gritos que anuncian, por todos los puntos cardinales, que somos un pueblo cuya experiencia histórica merece ser tomada en cuenta; y nuestra voz ha sido escuchada. Hoy somos la Costa Rica de siempre.

Cada uno de estos principios rectores y otros señalados por nuestro primer mandatario, constituyen una guía, una afirmación y un reto para la Universidad. Cada investigación, cada clase, cada conferencia o experiencia académica, en cada publicación o aporte de la Universidad se contribuye en este esfuerzo global.

El lema de nuestra Universidad, "La verdad nos hace libres", se transforma en acción cotidiana, porque tenemos un ideal que forjar. Por él trabajamos en el aula, en el laboratorio y en el cubículo. Nuestros jóvenes estudiantes y nuestros académicos han encontrado en el discurso y en la acción del Presidente Arias un ejemplo, un modelo para el desarrollo de ideales compartidos: construir un mundo fraterno, libre, democrático y justo.

Este reconocimiento, este Doctorado, es al hombre, al ciudadano costarricense, al vecino de Heredia que fue más allá de

nuestras fronteras con los ideales costarricenses de libertad, democracia y justicia.

Este Doctorado, este reconocimiento, es al profesor universitario que nos ha propuesto una teoría, que diseñó un modelo específico para superar la anomia y la anarquía política, para construir un moderno Leviatán capaz de producir la reconciliación en los países de la región. La idea simple de democracia es más fuerte que el autoritarismo; se forjó en mil combates por la libertad, y contra el dogmatismo. Ha triunfado. El camino de la consolidación y el perfeccionamiento de la convivencia pacífica aún están plagados de obstáculos y

de adversarios. Sin embargo, cada día que pasa la vivencia democrática genera fuerzas incontenibles de creatividad y amor a la vida.

El encargo que me hace la comunidad universitaria es honroso además porque este doctorado se lo entregamos a un universitario, a un intelectual, a un educador, a un hombre forjado en las aulas universitarias y que aspira a volver a ellas; a alguien que cree que la educación "puesta al servicio de la paz, de la justicia, de las libertades cívicas, de la dignidad humana, le permite al hombre conquistar sus más elevadas aspiraciones". Le entregamos el doctorado a alguien que ha definido al inte-

lectual como "protesta contra el egoísmo universal; como crítica de las ideas aceptadas y de las nociones gregarias; como fe activa en los procedimientos pacíficos para conseguir las cosas, y como permanente llamada a la paz".

¿Quién mejor para ejemplificar tan bellas afirmaciones, que su propio autor?

Al intelectual, al político, al estadista, al soñador, al pacifista, al educador, al hombre tesorero y ejemplar, nuestro reconocimiento, nuestra admiración y nuestro respeto. Honor a quien honor merece, doctor Oscar Arias Sánchez.